

LA INCONVENIENCIA DE AMAR

Serie Las Damas del Diablo - Libro 2

Adelanto

Hilda Rojas Correa

Capítulo 1

Londres, 29 de julio de 1844.

Emily lamió la comisura de sus labios, alzó sus manos y saltó tan alto como pudo con la mirada fija en el ramo de la novia. Lo veía venir describiendo una parábola perfecta justo en su dirección.

«Esta vez lo atraparé», pensó imaginando que ya lo tenía en su poder.

Ella no era ese tipo de personas que creyera en el azar o la suerte, al contrario, estaba convencida de era que todo se reducía a probabilidades, causas, efectos, estadísticas...

Y, a propósito de estadísticas, estas señalaban que, en su familia, el cien por ciento de las veces que se lanzaba un ramo, la dama o el caballero que lo atrapaba terminaba en el altar en menos de un año. Esa tradición era infalible en su círculo íntimo.

Ella quería ser la siguiente. Deseaba experimentar el amor, ese mismo que unió a sus familiares y amistades cercanas. Deseaba dar y recibir ese maravilloso sentimiento a esa persona especial que debía estar en algún recóndito lugar del mundo.

En el matrimonio de su prima Laura, los números estaban a su favor. En cada boda había menos solteras y ella era una de las más altas, lo que le daba más posibilidades de atraparlo.

Sin embargo...

De la nada, se atravesó la corpulencia de su primo Alec, interfiriendo en la trayectoria de las flores voladoras. Una sombra inmensa eclipsó a Emily por un segundo.

En ese preciso momento, ella supo que tendría que esperar a otra boda para atrapar el ramo. No consideró el inesperado espíritu de competencia de Alec. Por lo general, en aquel ritual, él solo se situaba en el grupo de solteras y hacía el ademán de ir a por el ramo, pero esta vez se lo tomó en serio.

Se desvió de su pronóstico de una manera monumental. ¿Tan

desesperado estaba por casarse? Quién lo diría.

Entre risas, vítores y abucheos, un coro de voces femeninas —y muy solteras— solo pudo decir en una cacofonía enfadada y frustrada:

—Nooooooo, Alec hizo trampa.

—¡Es más alto que todas nosotras!

—¡Me empujó este animal!

—Eres un idiota, Alec.

—Abusador.

El aludido sonrió, burlón, blandió el ramo, y con su voz severa les replicó:

—La tercera es la vencida, perdedoras. Era mi turno.

Las damas pusieron los ojos en blanco y se retiraron, indignadas, deseando que Alec encontrara a una mujer que lo convirtiera en un cachorro.

Alec dio media vuelta y miró a Emily, sabía que ella era la destinataria del ramo y, sintiéndose relativamente culpable, intentó darle un pobre consuelo:

—Aún estás joven, primita. Estoy seguro de que tendrás uno de estos para la próxima.

Emily bufó y alzó su barbilla.

—La juventud no es lo mismo en los hombres que en las mujeres, ridículo. Deberías saberlo. Solo faltan unos cuantos meses para mi cumpleaños. La palabra solterona ya no es suficiente para describir mi situación.

Alec chasqueó su lengua y le pellizcó la mejilla como si tuviera cinco años.

—En ese caso, estamos en igualdad de condiciones, soy un viejo que ya se le está pasando el tren. De todas formas, no necesitas un ramo para atrapar a un idiota, Emily. El idiota adecuado llegará a su debido tiempo.

—Esa mentira no me la creo desde los veintiuno, demonio, inventa una mejor.

Alec fingió que se lo pensaba. El ramo de novia golpeaba sobre su pecho propagando en el aire el agradable y aterciopelado aroma a rosas.

—No me sé una mentira mejor, duendecillo. El amor es caprichoso; a veces amamos a quienes no quieren ser amados, y a veces nos aman quienes no amamos... El amor correspondido es pura suerte. Es algo que no puedes medir o cuantificar con tus hermosas y complicadas fórmulas matemáticas.

Emily esbozó una sonrisa, le gustaba esa respuesta.

—No sabía que eras un romántico.

—No lo soy, solo digo lo que veo.

Emily negó con su cabeza y repuso:

—Como sea, Alec. —Suspiró—. Espero que pronto llegue la mujer que pase por alto tu aspecto y voz de viejo amargado... y te haga pagar por todas tus bromas de mal gusto.

Alec sacó una de las rosas de su ramo y se la dio a Emily. Ella aspiró el dulce y fresco aroma.

—Espero que llegue el pobre y triste idiota que tenga que soportar a una marisabidilla como tú... —Su mirada se desvió por medio segundo y repuso—: O quizás ya llegó. Ese tipo no te quita la mirada de encima. Hace rato que lo vengo observando. Él ya hizo su elección.

Emily frunció el ceño y dio media vuelta. Se encontró con los ojos oscuros de Edward Dutton. Él era el epítome del hombre que, pese a tener todo el dinero y clase, todavía no era aceptado en los círculos aristocráticos. Y no solo por su origen plebeyo, sino por la reputación de su familia, la cual tenía tantas manchas como un dálmata.

Edward Dutton parecía estar maldito... y ni siquiera era por pecados propios.

Por eso mismo, contaba con el apoyo y simpatía de las grandes damas. Desde hacía un par de años, él colaboraba con generosos donativos a la fundación Hope y en los últimos meses entabló una relación de amistad con los recién casados. Era *vox populi* que deseaba casarse por conveniencia, y en los bailes, coqueteaba con todo ser vivo que llevara falda y un carnet de baile.

Emily también lo había observado. Todas parecían caer bajo su encantador hechizo. Escuchó a más de alguna dama declarar que se dejaría deshonorar solo para presionar a sus padres para ser

la próxima señora Dutton. No obstante, él nunca se decidía por pretender a alguna abiertamente. Daba la impresión de que nada era suficiente.

Emily debía admitir que, cuando él flirteaba con ella, le gustaba provocarlo. Se preguntaba hasta qué punto soportaría sus impertinencias, qué tan graves y escandalosas debían ser sus palabras para lograr colmar esa aparente paciencia infinita y marcado orgullo masculino.

Ella inclinó su cabeza en un movimiento apenas perceptible, a modo de saludo. Edward esbozó una media sonrisa que apenas suavizaba esa mirada oscura e insondable. Alzó la copa de champaña que sostenía en su diestra, la cual dejó sobre una mesa después de beber un último trago. Acto seguido, avanzó hacia ella con pasos lentos, estudiados, como si evaluara a su presa.

La voz de Alec susurró antes de alejarse.

—Ten cuidado con él, es más viejo y mañoso que yo...

Emily pensó que el señor Dutton no aparentaba la edad que tenía, se suponía que ya tenía treinta y seis. Quizás su aspecto jovial se debía a esa barba densa y cabellos largos y desordenados, en conjunto con esa piel curtida por el sol y aire marino. Su vida adulta la pasó más tiempo en altamar que en los salones de Londres.

Tenían casi once años de diferencia... ¿Qué tan extensa era esa brecha en la realidad?

Las voces de sus amigos y familiares despidiéndose de los novios la sacó de su pensamientos y desvió la mirada hacia sus primos, Laura y William.

—¡Que sean felices! —Se despidió de ellos haciendo alegres señas con su mano. Por algún extraño motivo, su voz se quebró. Quizás era la emoción de ver a su prima del brazo del hombre que amó en secreto por tres años.

Carraspeó para deshacer el nudo.

Lo cierto era que ella también deseaba eso también para su vida. Vivir el amor, amar y ser amada. Tal como sus hermanos que ya estaban casados. Ella no tuvo suerte en sus temporadas, cada año fue una decepción tras otra. La realidad golpeó fuerte y

aniquiló su ilusión al constatar que, pese al dinero y conexiones de sus padres, ella no pertenecía a ese mundo. Se lo dejaron en claro más de una vez, la reputación de su familia no era bienvenida y debía apuntar más abajo.

Nunca se lo dijo a sus padres, ¿para qué?

De pronto, sintió el característico aroma a vetiver del señor Dutton; una oda al frescor, era como oler un bosque húmedo. Podía percibirse a medio metro de distancia. Siempre se sabía que estaba cerca solo por eso, la singular fragancia parecía envolverla y capturarla.

Que un hombre usara un perfume tan prominente era una vulgaridad monumental. Eso decían todas aquellas revistas de sociedad, el aroma de un hombre debía ser limpio, tenue a ras de piel. El señor Dutton era de todo, menos discreto.

La voz del hombre resonó a su lado, suave y aterciopelada. Un inusitado escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta, señorita Montgomery?

Emily alzó la mirada entrecerrada hacia él y contestó:

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De que tan indiscreta sea, por supuesto.

Edward se cruzó de brazos, pensativo. Su dedo índice golpeaba su bíceps. Emily arqueó su ceja al notar que aquel músculo sobresalía más de lo normal.

Sus cinco segundos de observación terminaron cuando él repuso:

—Creo que es muy indiscreta, pero mis intenciones son totalmente honorables.

—¿Cómo es posible que la palabra indiscreción y honorabilidad puedan estar en la misma oración?

—En una oración formulada por mí, señorita Montgomery... Y bien, ¿puedo o no?

Emily se encogió de hombros:

—Ya ha despertado mi curiosidad. Haga su pregunta con libertad.

—¿Usted y el señor Croft... son...? —Emily arqueó sus cejas al punto de formar tenues surcos en su frente clara y despejada. No dijo nada, solo miraba a Edward esperando a que terminara de formular la pregunta. Él carraspeó y añadió—: ¿Están enamorados o algo así?

Emily reía por dentro, mas su rostro demostraba un evidente desconcierto. Domó su tono de voz para que sonara serio al decir:

—¿Qué le hace suponer que mi primo y yo estamos enamorados?

—Se veían bastante íntimos y él le regaló una flor del ramo que atrapó. Coincide en gran parte con la manera en que Laura y William empezaron su romance.

Emily estalló en carcajadas. No pudo aguantar más la risa.

—Ay, señor Dutton. —Carcajadas—. ¡Qué ridiculez! —Carcajadas. Varios invitados los miraron de reojo, pero a Emily no le importó llamar la atención, en ese lugar solo estaban sus seres queridos—. Es el mejor chiste que me han contado en años.

Edward no se sintió ofendido ante esa explosiva reacción, es más, era una de las posibilidades que barajaba. La risa de Emily era contagiosa y estaba tentado a secundarla, pero eso podría malinterpretarse, él no estaba jugando. Apretó los labios para reprimir una sonrisa, se encogió de hombros y añadió:

—Tenía que asegurarme de no estar en un mal trío... Bien, ya que ha resuelto mi duda, ya puedo actuar. ¿Tengo que hablar con su padre para pedirle permiso para cortejarla?

Las carcajadas murieron de golpe en la mitad de la garganta de Emily. Su boca quedó abierta, al igual que sus ojos que mostraban esos iris azules en todo su cristalino esplendor.

Entre ellos solo se escuchaba la alegre cacofonía del ambiente familiar, que estaba en todo su apogeo; risas, conversaciones, música alegre, niños jugando y parejas bailando.

Nada de ello parecía perturbar a Edward, él no le quitaba la mirada de encima. Estudiaba la incrédula expresión de Emily a consciencia y, antes de que ella dijera algo, repuso:

—No estoy bromeando.

Aquellas palabras la sacaron de su estupor. Parpadeó y cerró

su boca. Un ligero carmín tiñó sus mejillas ante la certeza de saber que su rostro fue un poema. No obstante, recuperó su aplomo ante la expresión solemne de Edward y dijo:

—¿No se supone que debería preguntarme a mí primero?

—Hasta donde sé, primero se le pregunta al padre... A menos que hayan cambiado las normas en los últimos diez años.

—Señor Dutton, no soy una niña que acaba de salir de una academia. Trabajo, aunque no lo necesite, gano mi dinero y soy mayor de edad. Creo que estoy facultada para tomar ese tipo de decisiones.

—Eso lo tengo claro. —«Más que claro», pensó reprimiendo mirarla de pies a cabeza. Emily era toda una mujer—. Entonces, déjeme reformular mi petición para que sea menos ofensiva... Señorita Montgomery, ¿me permitiría concederme el honor de cortejarla?

Aquella oración que ella jamás escuchó —pero soñó escuchar alguna vez— sonó fuerte, clara y decidida. Por un segundo, Emily pensó que todo era producto de su imaginación, pero la expresión seria de Edward confirmaba que era cierto. Aun así, quería saber...

—¿Por qué yo? ¿Qué me diferencia del resto de damas con las que ha coqueteado esta temporada?

—Una pregunta justa. —Llevó sus manos a la espalda, como si hubiera ensayado sus palabras con anterioridad y dijo—: Las debutantes son demasiado jóvenes y sus padres no me aceptarían, aunque les ofrezca la mitad de mi fortuna... Tampoco me agrada la idea de deshonorar a alguna para lograrlo. Por otro lado, soy más afín con los valores de sus familiares y amigos... Y, por último, usted me parece más que interesante... Por eso la quiero cortejar, para conocernos mejor y ver si es posible una alianza entre nosotros.

Emily sintió la decepción trepando por su vientre hasta llegar al pecho. Aquella respuesta era lógica, racional, correcta. Pero no tenía lo esencial y ese hecho encendió esa chispa rebelde y contestó:

—Usted explica todo con una pasmosa frialdad, señor

Dutton. Sabe que en mi círculo la norma es el matrimonio por amor, ¿qué le hace pensar que consideraré aceptar algo así?

Esa pregunta también estaba dentro de los pronósticos de Edward, y tenía preparada su réplica:

—Espero convencerla de que soy una opción aceptable como esposo.

—¿Aceptable? —Soltó un resoplido—. Señor Dutton me encantaría que me cortejara, pero sus expectativas son demasiado bajas. No, no acepto.

Fue el turno de Edward de entreabrir su boca y alzar sus cejas. Parecía que Emily no veía las ventajas de una unión entre ellos, ni siquiera parecía tentada a considerarlo. Él podía ofrecer más que cualquier otro, no solo en términos económicos. Se recobró con rapidez de su impresión. No se rendiría con tanta facilidad. Era la negociación más importante de su vida. Y decidió sacar toda la artillería pesada. Su voz fue un estoque certero al preguntar:

—¿Me rechaza porque no soy aristócrata?

Emily negó con su cabeza y respondió:

—Incluso un vendedor de manzanas es aceptable para mí, siempre y cuando me dé lo principal.

—¿Y eso sería? —Y temió la respuesta...

—Todo su corazón, toda su vida, todo su ser. Usted solo ofrece un trato comercial, yo quiero algo más poderoso y significativo que eso. No tiene nada que ver con su rango social, su reputación o su dinero... No crea que no son cosas que no considero, sí lo hago, pero lo relevante para mí es el amor, lo que se puede construir con él.

Edward pensó que Emily era toda una dicotomía. Una mujer racional pero romántica. ¿Cómo podía convencerla? Su fuerte era la razón, debía apelar a lo primero.

—¿Y cómo espera que llegue el amor si solo trabaja en la academia y asiste de mala gana a los bailes de su familia? ¿Cómo va a conocer a la persona que le dé todo lo que quiere?

Aquel fue un golpe bajo que Emily encajó con la gracia de siempre. Ella también se lo preguntaba y le dio a Edward la misma

respuesta que se daba a sí misma.

—No lo sé. Supongo que encontrar a la persona ideal es cuestión de suerte o del destino... Mis hermanos encontraron a sus esposas cuando menos lo esperaban. ¿Por qué no puede ser igual conmigo?

Edward no dejaba de mirar a Emily. Resultó ser cierto lo que su amigo William le advirtió un par de horas atrás. Ninguna Dama del Diablo acepta un enlace por conveniencia. Nunca, jamás. Porque ellas lo daban todo.

Pero la verdad era que él no se sentía capaz de entregar su corazón como si fuera una tarea tan sencilla como respirar. El amor era un peligro para él. No obstante, también era reacio a proponerle un cortejo a cualquier jovencita dócil. Necesitaba... No... Quería una esposa, una mujer, no una muñeca.

Y Emily Montgomery jamás sería una muñeca. Esa misma negativa señalaba que no era de las que callaban y aceptaban sin cuestionar. No quería rendirse frente a la negativa de ella. Aún no la percibía tan rotunda, por lo que añadió:

—¿Y qué tiene de malo un matrimonio por conveniencia? Yo no solo ofrezco dinero, sino también libertad, respeto y consideración. Usted podría seguir haciendo su vida de maestra en la academia, perseguir sus pasiones o lo que desee en el futuro... Las personas somos seres en constante cambio.

Libertad, esa fue una palabra clave. Emily tampoco quería renunciar a las cosas que le hacían feliz solo por casarse enamorada. El amor era un requisito fundamental, pero no sepultaría sus pasiones por ello. Sin embargo, el matrimonio tenía una razón de ser: la descendencia.

—¿Usted es consciente de que la maternidad es inherente al matrimonio? Quizás podré ser libre un tiempo, pero tarde o temprano llegarán los hijos. Ser madre no da libertad, sino todo lo contrario y es una tarea que no pretendo llevar a cabo sola ni delegarla en su totalidad a una niñera. Un padre que ama a su hijo, que no es un simple heredero de sus posesiones, participará más en afectos y su crianza. ¿Usted también ofrece eso?

—Un matrimonio por conveniencia no implica que no haya

afecto a los hijos. —Y era cierto, él sería el padre que nunca tuvo—. Yo los adoraría...

—Pero no adoraría a su esposa... ¿Cómo va a enseñar a sus hijos lo que es el amor si lo no ven reflejado en sus padres? —Suspiró—. Señor Dutton, usted es un hombre interesante y agradable, me simpatiza mucho... Me encantaría conocerlo más, pero usted no quiere arriesgarse. ¿Acaso cree que yo no me arriesgaría si acepto su cortejo? —Ladeó su cabeza—. En un matrimonio por conveniencia la que sale perdiendo soy yo, por donde se le mire.

Por eso mismo, a Edward le gustaba Emily como futura esposa. Ella siempre pondría la razón en primer lugar. No entendía por qué se empeñaba en poner al amor en la ecuación. Necesitaba una oportunidad para demostrar que su unión sería más que exitosa.

Decidió doblar su apuesta.

—Le propongo algo antes de que rechace mi propuesta del todo. La cortejaré y convéncame de que estoy equivocado, de que puedo darle toda mi vida, todo mi corazón... O tal vez usted puede cambiar de parecer, y ver las ventajas de lo que ofrezco... Incluso nos podemos convertir en grandes amigos si el cortejo no funciona para ambos. ¿Quién sabe? Los dos nos arriesgaremos a perder el alma o ganar un compañero fiel. Libertad, respeto, consideración... Piénselo, señorita Montgomery. Tal vez no sea el trato que esperaba, pero podría ser mejor que un sueño imposible.

Emily se cruzó de brazos, la rosa que le dio Alec golpeaba su mentón... El ruido de la fiesta, de pronto, llegó a sus oídos. Todos disfrutaban y parecía que ya no reparaban en lo que sucedía entre ella y el señor Dutton.

Miró de reojo a los recién casados que daban su último adiós, a sus primas, a sus amigas, a sus hermanos. Lo felices que eran todos con sus respectivos cónyuges, las familias que estaban formando.

Debía admitir que sentía envidia, ella quería esa vida. Había descubierto sus pasiones, era más independiente que cualquier mujer de su clase, amaba enseñar matemáticas en la academia y

darles a otras mujeres sus conocimientos. Lo único que le faltaba era experimentar la dicha de amar. ¿Por qué no podía encontrar un amor si era igual a ellos?

Iba a cumplir veintiséis y jamás la habían cortejado.

Tampoco la habían besado.

¿Qué probabilidad tenía de quedar con el corazón roto?

Un cincuenta por ciento. Le atraía Edward, pero no lo amaba.

¿Qué probabilidad tenía de que alguien le volviera a proponer ese trato?

Un uno por ciento si era optimista. Los caballeros que bailaron con ella durante esa extraña temporada, en la que se dieron cuenta de que existía, solo lo hicieron por no permitir que un advenedizo como Dutton se acercara demasiado a su círculo, ni siquiera le permitirían tocar a las solteras.

¿Cuánto ganaría?

Un cien por ciento en experiencia, la aventura de vivir algo diferente... Tener al menos una historia que contar. No solo ser Emily la maestra de aritmética y apasionada por explicar el mundo con números, fórmulas y geometría.

Era la oportunidad de ser algo más, de vivir algo más. De salir de los límites tan bien delineados de su vida... Después de todo, era de locos hacer siempre lo mismo esperando resultados diferentes.

Y resolvió.

—No quiero un cortejo tradicional.

Una sonrisa ladina de medio lado adornó el rostro de Edward. La tenía.

—Usted manda, será bajo sus términos.

Emily blandió la rosa como si fuera una institutriz y dictaminó:

—En primer lugar, nadie debe saberlo. No quiero intrusos ni obstáculos. ¿Cómo voy a conocerlo si tengo una carabina o a toda mi familia encima de nosotros?

Ante aquella insólita demanda, Edward barbotó la natural pregunta:

—¿Y cómo pretende que la corteje como es debido?

Una sonrisa amplia y felina emergió en los labios de Emily.
Le dio unos toquitos en el pecho con la rosa.

—Ingénieselas, señor Dutton. Usted es el que quiere cortejarme, después de todo.